

en la pradera antes de precipitarse en el río que lo absorbía.

Para llegar á la pradera que atravesaba aquel río en miniatura, era preciso, á fin de evitar un largo rodeo, pasar un vado formado por uno de los brazos del riachuelo.

Este vado, ahondado por los animales que iban á pastar, era largo y profundo. Para ir á nuestro puesto teníamos que pasar este vado unas veces en tartana, otras á caballo.

Uno de nuestros camaradas de colegio, tan aficionado á la caza como á las mujeres hermosas, por lo general montaba un jumento, y con este medio de locomoción atravesaba el pasaje difícil, no sin recibir sendos chapuzones sus piernas.

Ciertos días, cuando éramos tres, enganchábamos el asno á un viejo carricoche de mi padre, y llegábamos á nuestro destino en perfecto estado de conservación. Al llegar amarrábamos el animal á un árbol, y cada uno iba á tomar su puesto preferido.

Una tarde que habíamos tomado este antiguo vehículo, porque éramos tres, noté que mi amigo Ángel, en la precipitación de enganchar su jumento, había olvidado de apretarle la cincha. No di importancia alguna á este detalle, preocupándonos más á qué lado nos debíamos dirigir para ver la llegada de los patos silvestres.

Únicamente creemos un deber decir á nuestros lectores que los arreos del asno, no habiendo salido de la tienda del guarnicionero más afamado, eran casi primitivos.

A nuestra llegada se ató, como siempre, el pollino al olmo acostumbrado.

Un momento después nos habíamos colocado en nuestros puestos, atentos, esperando que el viento N., que soplaba á dos grados bajo cero, nos trajera las nubes de viajeros. Mientras esperábamos con la paciencia del salvaje, inherente al cazador de aves acuáticas, dos ó tres becacas aparecieron con el propósito de entregarse á una orgía de gusanos, corriendo á orillas del agua con una gracia igual á su apetito. En esto llegó una cuarta, que me pareció enfadada porque se habían puesto las otras á comer sin ella.

No creímos deber interrumpir esta comida con nuestras escopetas, mucho menos cuando empezaron á pasar como un relámpago algunos patos, llegando, por último, casi todo un ejército. Mis camaradas empezaron el tiro, y, á pesar de mi puntería y cuidado por mi parte, el resultado que obtuvimos fué nulo. Cansados de aquella guerra sin resultado aparente, y faltos

de calor natural, abandonamos, por último, la partida, y nos subimos en el carricoche, dejando en el valle las nueve décimas partes de nuestras ilusiones.

Llegados en medio del vado, el jumento, al hacer un esfuerzo para vencer un obstáculo, se salió de las varas del vehículo, que cayeron al agua; y sin mi amigo, que tenía las riendas, hubiera continuado su camino hasta la cuadra, sin inquietarse en lo más mínimo si le seguíamos. Pero su amo, cuya voz conocía por lo dulce y persuasiva, le atrajo hacia él, saltó á horcajadas sobre la grupa del asno, y se alejó diciéndonos que iba á buscar refuerzos para sacarnos de aquel apuro.

Mi compañero de infortunio me comunicó sus reflexiones, que eran bastantes amargas, máxime si se considera la ausencia de un buen fuego, hallándose expuesto por más de tres cuartos de hora antes á las caricias de un buen cierzo. Un ruido de voces interrumpió nuestras reflexiones.

La luna espléndida que iluminaba este cuadro nos permitió distinguir un grupo de personas que venían hacia nosotros riendo no poco. El asno formaba la retaguardia arrastrando un carro de salvamento.

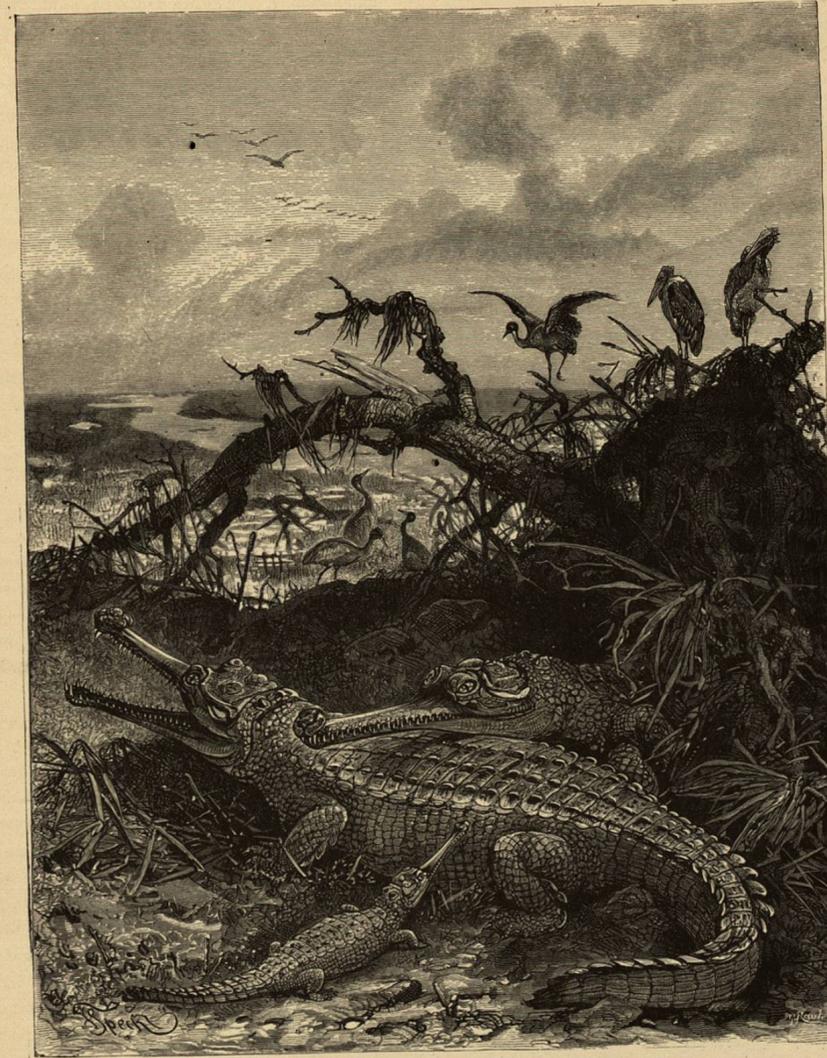
Nuestro amigo había dado parte del suceso á nuestras familias, y los hombres y algunos curiosos corrían en auxilio de los naufragos. En aquel momento una bandada de patos pasaba encima de nuestras cabezas, lanzándonos mil gritos de burla.

Un carro de socorro entró en el vado, y nos echaron una larga cuerda que atamos sólidamente á las dos varas del carricoche, operándose después nuestro trasbordo sin más avería. Estos diversos trabajos fueron, por parte de los espectadores, salpicados de no pocas observaciones cortadas en forma de dardos, que penetraron muy adentro en la epidermis de nuestro amor propio.

Algunos días después, deseosos de hacer olvidar por un gran golpe nuestra desgraciada aventura, atravesamos el vado sobre el asno con mi intrépido vecino como punto de apoyo. Habíamos juzgado más prudente confiar nuestros destinos al vigor del jumento, prefiriendo la posición de los hijos de Aymón á la de Robinsón.

Apenas estábamos en nuestros sitios respectivos, cuando un batallón de patos, al pasar sobre nuestras cabezas, recibieron simultáneamente los cuatro tiros de nuestras escopetas. Un herido, como se ve en nuestra lámina, se separó de sus compañeros de viaje y vino á caer al agua, á treinta ó cuarenta pasos de nosotros.

En menos que se dice nos dirigimos á su encuentro,



Las zancudas del Nilo

y lo vimos alejarse nadando, y detenerse á la sombra en la orilla opuesta.

—Á mi último tiro se debe la muerte de este animal.

—Me parece que su caída empezó precisamente en el momento que yo disparé.

—Estás en un error, y por el tiro verás que he sido yo.

—Pero ¿cómo lo vas á probar?

—¿Cómo? Ya lo verás. Vamos á buscarle.

Volvimos á cargar nuestras escopetas, y tomando una resolución heroica me decidí á pasar por la vertiente resbaladiza, único camino que tenía para llegar hasta nuestra presa. Mi compañero debía permanecer en su puesto para vigilar los movimientos del palmípedo.

Sin calcular el peligro que corría al atravesar las piedras resbaladizas que componían el único camino, me lancé con resolución y llegué sin el menor accidente al sitio en que había colocado sus reales mi pato.

—Ahí lo tienes: cógelo,—me dijo mi amigo.

Tuve la sencillez de seguir este consejo en lugar de tirarle un tiro al palmípedo; así sucedió que, tomando la cola por la cabeza, el animal se arrojó al agua, dejando entre mis dedos índice y pulgar el penacho en forma de corazón, que forma el más hermoso adorno de su parte posterior; lindas plumas rizadas de esos presumidos de *colverts*, y con las que las hembras se dejan engatusar en la estación de los amores.

Invertimos casi una hora en buscar á nuestro fugitivo en las dos orillas; pero teníamos que habérnoslas con un astuto zorro, que nos hizo perder la pista de tal modo que nos vimos obligados á abandonar la partida. Al volver á repasar la vertiente, no estando sostenido, como la primera vez, por la esperanza de un buen éxito, me deslicé desgraciadamente; y si no hubiera sido por la correa de mi escopeta, que se enganchó en un chaparro, hubiera rodado al riachuelo, que en aquel sitio era profundo, y por consecuencia no estaba helado.

A nuestro regreso convinimos en que al día siguiente, por la mañana, iríamos juntos á buscar al herido.

Al otro día el riachuelo fué explorado en todos sentidos, sin el menor resultado, por ambos; y ya nos disponíamos á abandonar todas nuestras pesquisas, cuando un silbido de alas bien conocido me llamó la atención. A poco, un punto negro se separó del horizonte y se dirigió en línea recta adonde estábamos. Púseme la escopeta en el hombro, y cuando juzgué que el palmípedo estaba á tiro apreté el gatillo. A la detonación vi caer el pato, y mi admiración alcanzó tales proporciones que no me atreví á dar un paso por miedo de que cayera en el río. Pero el pájaro rodó á tierra y en dos brincos me arrojé sobre la víctima, á la que cogí por el cuello, sin vacilar esta vez.

Nos montamos al momento sobre el asno y corrimos desalados al vado, en el que tomamos un baño mayúsculo á causa de un tropezón de nuestra cabalgadura en donde menos podía pensarse.

Este baño intempestivo, que no estaba en el programa, enfrió no poco nuestro entusiasmo. Sin embargo, nos levantamos los tres lo mejor que pudimos, sin haber sufrido serias averías, y de común acuerdo nos pusimos en camino á pie. Espero que nuestros lectores no creerán que me dejara olvidado el pato en el chapuzón.

La entrada en casa de mis padres no fué tan brillante como había pensado. En vez de los elogios que creía tener derecho á esperar sin nuestra desgraciada inmersión, recibí no escasas reprobaciones, bien merecidas por otra parte, y mis padres me prohibieron salir de caza hasta nueva orden.

Pero así que hube cambiado de vestido y se hubo disipado el primer momento de mal humor, me atreví á levantar los ojos, y noté en todas las miradas ciertas señales de compasión que se conceden á las víctimas inocentes. Mi hermana, más joven que yo, no podía contener la risa. Animado algún tanto, poco á poco volví á recobrar mi presencia de espíritu delante del *colvert*, que mostraba su bello ropaje sobre la mesa.

Antes de dos horas había conseguido mi perdón, y el permiso de volver á cazar, de mis padres. (1)

### III

La caza de ánades se divide en dos: la de verano ó caza de anadones, que son aquellos que empiezan á volar; y la de invierno, ó de patos ya desarrollados.

No debe nunca empezarse la primera antes de principio de julio, porque la carne de los pollos no voladeros ó anadinos es insulsa, y porque apenas pueden volar. El verdadero cazador no abre esta caza hasta mediados del mismo mes, porque en esta época es cuando más placer proporciona, pues no tienen fuerza suficiente en las alas para volar largo rato, ni la astucia suficiente para remontarse y pasar á otras aguas.

Cuando se cazan anadones debe evitarse tirar á los padres, que ordinariamente les acompañan, y se tirarán sólo en el caso excepcional de que residan en pantanos estrechos ó en acequias y fosos; porque, tan luego como barruntan un peligro, conducen á la banda fuera de estas localidades para no volver tal vez más, particularmente si estos sitios tienen comunicación con aguas corrientes; pero, matando en tal caso á los padres, los pequeños regresan después de haber volado muy corto espacio de tiempo.

Cuando se sepa donde moran bandas de ánades próximos á romper el vuelo, se establece la caza, ó, lo que es lo mismo, se fijan los puestos donde han de ser colocados los cazadores, que serán numerosos si se quiere cazar con éxito, llevando las escopetas cargadas con plomos del número cuatro.

(1) *Ilustración Venatoria*, enero 1875.



AVES Y CAMPÁNULAS